Leer
Entre Líneas
68
Año VI
Junio 2002

El « pueblo» y la «masa»

El pueblo somos todos, pero construyendo positivamente

El pueblo no es la masa, «Pueblo y multitud amorfa o, según suele decirse, *masa*, son dos conceptos distintos –nos aclara el Papa Pío XII en un radiomensaje del año 1944–. El pueblo vive y se mueve por su propia vida –continúa el Pontífice–; la masa de por sí es inerte, y no puede ser movida sino desde fuera. El pueblo vive en la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales... es una persona consciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones. Por lo contrario, la masa espera el impulso exterior, fácil juguete en manos de cualquiera que explote sus instintos o sus impresiones, dispuesta a seguir, cambiando sin cesar, hoy ésta, mañana otra bandera». Así, podemos constatar que lo que en estos días y meses anteriores se viene llamando con insistencia «pueblo», no lo es en realidad. Por ejemplo, cualquier manifestación de gente enardecida, lanzando improperios y amenazas a personas o instituciones, es una fiel expresión de lo que se denomina «masa».

De las masas no se puede esperar el seguimiento, por ellas mismas, de un plan de acción que vaya más allá de lo inmediato, de lo instantáneo. Si acaso, podemos esperarlo de los agitadores y de los caudillos que durante un tiempo las manipulen. Por eso importa que frente a ciertas manifestaciones averigüemos si hay alguien que las conduce y cuáles son sus planes. En este sentido y continuando con el autor citado, «el Estado puede... servirse de la fuerza elemental de la masa, manejada y aprovechada con habilidad, en las manos ambiciosas de uno solo o de muchos, agrupados artificialmente por tendencias egoístas (...) De donde se deduce clara otra conclusión: la masa... es la enemiga capital de la verdadera democracia y de su ideal de libertad y de igualdad». Irracionales, despersonalizadas, veleidosas, manejables desde afuera, fáciles a la demagogia, proclives a lo patológico, salta a la vista que no son ellas capaces de asumir el papel que al pueblo le corresponde ocupar en una democracia.

El pueblo somos todos, pero construyendo positivamente, trabajando organizadamente. No hay pueblo sin personas concretas, sin relaciones definidas y sin objetivos destinados a lograr el bien de la comunidad. Por eso, cada uno de nosotros, desde nuestras casas, desde nuestros trabajos, pertenecemos al pueblo de Venezuela. De ahí que sea un grave error que en nombre del pueblo se digan tantas falsedades, se amenace, se insulte, se presione, se induzca a acciones de agresión. Con razón le decía al pueblo, nuestro Cecilio Acosta: *Tú eres la reunión de los ciudadanos honrados, de los virtuosos padres de familia, de los pacíficos labradores, de los mercaderes industriosos, de los leales militares... Tú eres el clero que predica la moral... los que se ocupan en menesteres útiles que dan ejemplo de ella, los que no buscan la guerra para medrar, ni el trastorno del orden establecido para alcanzar empleos de holganza y lucro; tú eres, en fin, la reunión de todos los buenos... Lo demás no es pueblo, son asesinos que afilan el puñal..., bandidos que infestan caminos y encrucijadas, especuladores de desorden, ambiciosos que aspiran, envidiosos que denigran y demagogos que trastornan.*

Alfredo Gorrochotegui Martell

SUMARIO

No es tan difícil tener una familia numerosa / 2
Si la medicina es técnica, el enfermo es un cliente / 3
Rehabilitar la paternidad / 4
Una cuestión de ecología / 6
Un concentrado sobre la autoridad / 7

No es tan difícil tener una familia numerosa

Mary Walsh, estadounidense, madre de seis hijos, explica que tener hoy día una familia numerosa no es imposible, aunque algunos piensen lo contrario (*Perspective*, Sydney, agosto 2001).

«No es un secreto que mucha gente de hoy piensa que mantener a más de dos hijos es casi imposible. La cultura contemporánea no cuenta con el Creador y por tanto olvida que con Dios todo es posible».

Walsh señala una paradoja: «Cuando una mujer decide abortar, tanto el embarazo como la muerte del feto son un asunto privado entre la mujer y el médico. Pero resulta que cuando la mujer decide tener al niño, aquello se convierte en un problema de interés público». En efecto, algunos –la «policía de la fecundidad», como los llama la autora– reaccionan con asombro o con disgusto cuando ven que tiene seis hijos. «A veces, son personas amables, y se limitan a hacer un gesto como mover la cabeza. Pero otras pueden resultar francamente groseras, y el encuentro se convierte en un largo interrogatorio sobre las diferencias de edad entre mis hijos, o empiezan a dar consejos inoportunos sobre el uso de anticonceptivos eficaces».

«El amor no se divide o queda mermado por tener más hijos: al contrario, se multiplica. Un nuevo hermano recibe el cariño no sólo de sus padres, sino también el de todos sus hermanos»

A continuación, Walsh va dando réplica a las ideas equivocadas más difundidas sobre las familias numerosas. Una es que «no se puede amar a más de dos hijos». En realidad, «el amor no se divide o queda mermado por tener más hijos: al contrario, se multiplica. Un nuevo hermano recibe el cariño no sólo de sus padres, sino también el de todos sus hermanos».

Contra otra idea equivocada, la autora afirma que «mantener a varios hijos no exige una fortuna. Los niños pueden quizá querer ropa de marca o el último modelo de juguete, pero ciertamente no necesitan esas cosas. Y podemos enseñarles cuáles son las prioridades explicándoles las razones de nuestro modo de obrar. Por ejemplo, mi marido hablaba un día a la hora de la cena –ocasión en la que surgen estupendas conversaciones– con nuestros dos hijos mayores. Ellos hicieron notar que yo compraba todo en las tiendas de descuentos. '¿Sabes por qué? –preguntó mi marido–. Para poder estar en casa, y cuidarlos y educarlos'. Se quedaron asombrados: 'Mamá me quiere tanto que se queda en casa conmigo', es el mensaje que recibieron».

«Mi marido y yo no sentimos necesidad de comprar a nuestros hijos artículos lujosos porque ya les dedicamos lo mejor de nuestro tiempo, talento y recursos. No tenemos que cargar con el sentimiento de culpa que pesa sobre tantos padres de hoy por dejar a sus hijos en la guardería o dejarlos en casa de un ex cónyuge, y después compensarles con juguetes nuevos o vacaciones exóticas».

«Los padres de familias numerosas no tienen tiempo para sí mismos», se dice también. Walsh responde: «En cuanto al tiempo para mí, siempre tengo la ducha. A veces consigo quedarme despierta unas horas cuando los niños ya se han acostado, y aprovecho para poner mis cosas en orden. Pero cuando no tengo suficiente tiempo para mí, no me preocupo, porque sé que llegará el triste día en que ya no oiré el correteo de unos piececitos por la casa. (...) Así que me basta saber que hay un tiempo para cada cosa, y disfrutar de su niñez mientras dura».

En fin, «contra la difundida creencia, las familias numerosas saben que poseen algo de mucho valor. (...) El mundo quizá no entienda el valor que tiene cada niño que Dios nos regala, pero se entiende cuando se está dispuesto a abrir el corazón para confiar plenamente en Él. Criar hijos no siempre es fácil; pero en la vida, lo que vale la pena exige mucho tiempo, esfuerzo y empeño. Los hijos son insustituibles. Ninguna cosa material, ningunas vacaciones pueden compensar por no tenerlos».

Si la medicina es técnica, el enfermo es un cliente

Es notoria la multiplicación de demandas por parte de pacientes descontentos con la atención médica. Esta litigiosidad tiene, según el Dr. Antonio Pardo, una razón de fondo: la excesiva tecnificación de la medicina. El Dr. Pardo, del Departamento de Humanidades Biomédicas de la Universidad de Navarra, expuso esta tesis en las XIII Jornadas de Bioética (26-27 octubre 2001), organizadas por la misma universidad.

El Dr. Pardo señala que, en los actuales planes de estudios de las facultades de Medicina, la enseñanza está polarizada hacia lo científico-técnico de una manera brutal. Las disciplinas que se podrían denominar «humanísticas» suponen solo el 4% de la carga docente, en el mejor de los casos.

Por una parte, es lógica la abundancia de enseñanzas técnicas, por el rápido progreso de los conocimientos científicos sobre el organismo en los últimos decenios. En cambio, no resulta razonable que «no se haya hecho un hincapié especial en los aspectos humanos del enfermar».

Es cierto que recientemente se registra un notable interés por la bioética. «Pero no nos llevemos a engaño: dicho auge (de la bioética) es auge de la perplejidad ante situaciones clínicas inéditas o soluciones técnicas que de repente aparecen como factibles tras haber estado en el mundo de los sueños durante décadas. No ha habido un crecimiento paralelo de la maduración ética de nuestros técnicos».

Así, «la relación interhumana que se situaba clásicamente en el fundamento de la terapéutica pasa a ser una cuestión periférica, de mera buena educación». Parece como si los médicos no necesitaran ya conocer a sus parientes, sino sólo saber interpretar análisis y radiografías.

Entonces, la finalidad y la práctica de la medicina se asimilan a las de cualquier actividad técnica. Entre médico y paciente se instaura una nueva relación, en la que «se ponen en juego los deseos del cliente y los del productor (que engloban los problemas económicos del proceso de producción)».

Pero este tipo de relación sólo resulta adecuada entre iguales: entre «personas adultas, capaces (...), que deciden autónomamente sobre sus propias vidas». De este modo, «si la medicina queda reducida a una profesión del sector servicios, sólo podrá desarrollar adecuadamente sus prestaciones con quien pueda entrar en contacto con ellas de modo libre y autónomo».

Tal planteamiento no responde a la realidad. «El enfermo, el verdadero enfermo, con limitaciones motoras, intelectuales, cognitivas, etc. (...) no es un individuo autónomo que inicia una relación con el profesional sanitario por propia voluntad, sino que, en todo caso, es llevado al médico por sus familiares». «El enfermo es, por definición, un ciudadano en inferioridad de condiciones, que no puede desarrollar su vida cotidiana debido a la enfermedad, y se ve obligado a solicitar ayuda a quien puede proporcionársela, el médico».

La tecnificación transforma las actitudes tanto de pacientes como de médicos. El enfermo convertido en cliente «busca resultados: es lo que se espera de una actuación técnica competente. De aquí se sigue un afán pleiteador de los pacientes que los medios no hacen más que airear en sus casos más dramáticos y extremos: no queda lugar para el accidente desgraciado, la casualidad, el error médico involuntario». También los profesionales sanitarios pasan a moverse por la obtención de resultados. «No interesa el enfermo, interesa el cuerpo del enfermo y cómo producir en él los cambios deseados. El paciente pierde su nombre para pasar a ser 'el de la 28-dos', o a denominarse por la enfermedad que padece ('he tenido una vesícula')». Y cuando la práctica médica queda así despersonalizada, «no es de extrañar que la manifestación por parte del enfermo de peculiaridades que, por así decir, 'rompen el proceso de producción', por expresar creencias, preferencias personales, miedos, etc., sólo consiga que el paciente sea considerado un caso difícil y se le esquive en vez de atender sus peticiones».

Rehabilitar la paternidad

Uno de los mayores descubrimientos antropológicos realizados en el siglo XX es que tanto el hombre como la mujer han de contribuir conjuntamente a la construcción familiar y cultural del mundo. Este hallazgo se ha realizado al constatar que históricamente se dividieron los roles sociales entre masculinos y femeninos. El hombre se ocupó de la esfera pública, mientras que el peso del espacio privado recayó casi exclusivamente sobre la mujer. Los resultados son patentes: ambos ámbitos resultan perjudicados por estar incompletos. La esfera externa adolece de competitividad y economicismo, haciéndose inhabitable e inhumana: en ella faltan los recursos de la feminidad, de su preocupación prioritaria sobre las personas. Por otra parte, en la familia los hijos se ven privados de la presencia de un modelo paterno, que les integre equilibradamente en las estructuras emocionales y sociales.

Familia con padre y cultura con madre

Hoy se tiende a construir una familia con padre y una cultura con madre, siendo el hombre trabajador y padre, y la mujer madre y trabajadora. Porque, ahora que abundan las familias monoparentales, se descubre que los hijos necesitan un padre y una madre, que mantengan entre sí una comunicación estable. Y también se ha constatado que las estructuras laborales y sociales están esperando el «genio» de la mujer, para hacerlas habitables, para que se acomoden a las necesidades personales en cada etapa de la vida, para que cada persona pueda dar, en cada circunstancia, lo mejor de sí misma. Es decir, el mundo del trabajo reclama la presencia de la mujer-madre, para que el mundo laboral esté en función de la persona y de la familia, y no al revés.

> El padre es la figura que ayuda a descubrir su identidad a los hijos varones y afirma la feminidad de las hijas.

Ciertamente, hombre y mujer tienen recursos distintos. Ya Buytendijk se esforzó en describir sus diferencias. Julián Marías añade que éstas son relacionales. Y, aunque, según John Gray, parezca que provienen de distintos planetas (*Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus*), de su estudio se concluye que

Ahora que falta el padre en muchas familias y que en general los padres pasan poco tiempo con los hijos, es cuando psicólogos y sociólogos están poniendo de relieve la importancia de la función paterna en la familia. Una paternidad bien entendida y asumida permitiría, entre otras cosas, un mejor reparto de tareas en el hogar, para facilitar la vida a las madres que distribuyen su tiempo entre la familia y la profesión. Rehabilitar la figura del padre pasa por reforzar la unidad familiar y la identidad del varón, como ponen de relieve diversos estudios recientes.

on dos modos recíprocos y complementarios de ncarnar la misma naturaleza. Por eso, también sus iferencias son imprescindibles en todas las esferas. Y, orque sus peculiaridades son relacionales, complementarias y recíprocas, cada uno se apoya en el otro, cada uno encuentra su posibilidad en el otro.

La maternidad tiene, entre otras, una nítida función: la de proveer a la sociedad de nuevos seres. Ese cometido que se hace en el seno de la familia, con la cooperación de un padre, recae en gran parte sobre la mujer. Frente a ella, el hombre y la sociedad están en deuda, .porque aporta más en algo que es un bien para todos. Ella soporta casi todo el peso físico y de dedicación a los hijos pequeños. Pero el padre también es necesario, pues es el único que puede hacer posible la maternidad familiar y social. Si el hombre-trabajador fuera verdaderamente padre, la madre-trabajadora podría ser felizmente una realidad. Eso requiere que el hombre no olvide que es padre, cuando trabaja. Sin embargo, este nuevo modo, creativo y fecundo, de enfocar la vida y el trabajo es un reto para nuestra sociedad.

> La maternidad será salvada si hay hombres que descubran modos acertados de vivir la paternidad.

Con frecuencia, a las mujeres se les ponen demasiadas trabas en el campo laboral para que puedan llevar a cabo su doble función social, porque se condiciona su trabajo a su posible maternidad, porque no existe la necesaria flexibilidad para hacer compatible trabajo y familia, porque no hay suficientes servicios sociales que ayuden a la crianza de los niños pequeños, porque no se facilitan reciclajes para reincorporarse al trabajo, tras haber sacado adelante a una familia numerosa.

Se buscan padres

La maternidad agredida busca a hombres que hayan descubierto su paternidad. Paternidad que comparte las cargas del hogar y la atención de los hijos. Paternidad que apoya los planes profesionales de la madre de sus hijos. Paternidad que provee para que en su campo laboral haya otras mujeres que puedan ejercer su maternidad.

Aunque suene a nuevo, la paternidad se puede ejercer cuando y mientras se trabaja, porque su primer cometido consiste en hacer posible la maternidad.

Ser un buen trabajador no es dedicar a la empresa veinte horas al día. Las empresas, para salir adelante, necesitan el impulso de personas sanas, equilibradas y felices. Y ninguna persona, ni hombre ni mujer, tiene salud física y psíquica, si no se sabe amado sin condiciones por sus personas más allegadas, si no se preocupa de ellas haciendo de su bien el fin de su existencia.

Los y las *yuppies* desarraigados son el gran peligro de las comunidades, pues siembran a su alrededor las neurosis, los cansancios, los sin sentidos. Un hombre, una mujer, como a veces parece que se pide, casados con su trabajo, que sólo se mueven por el afán de ganar más dinero, son seres extraños, infelices, casi inhumanos, incapaces de contribuir con su trabajo al bien de los demás, porque son incapaces de amar.

Traer hijos al mundo es una función de primerísima importancia social que aporta a la mujer muchos valores que después ella ha de dar, a través de su trabajo profesional, a toda la sociedad. O se favorece la maternidad, ejemplo universal del amor incondicionado, o se conduce a todo un país a la soledad de sus miembros, a la tristeza de no saberse incondicionalmente queridos. Pues bien, la maternidad será salvada en la medida en que haya hombres que descubran modos acertados de vivir la paternidad.

Blanca Castilla y Cortázar

Una cuestión de ecología

La ecología es una ciencia que está de moda, sin duda porque el hombre es hoy más sensible al valor de la naturaleza y a la importancia de conservar su equilibrio propio. Esta ciencia, relativamente novedosa, lo es sobre todo porque su estudio se centra en el conocimiento de las relaciones entre los organismos y el medio en el que viven, al que denominan «hábitat». Y se define el hábitat, como el espacio natural que todo ser vivo necesita para desarrollarse. Conocidos son los desastres ecológicos que se producen cuando ese equilibrio relacional se rompe.

También el ser humano, para desarrollarse, requiere de un medio con el cual relacionarse de una manera interactiva y dinámica. Ignorar ese principio básico puede jugar algunas malas pasadas a la mujer. Seguramente, un poco de sana ecología podría haberle ahorrado a Mrs. Stern, cuando decidió implantar su embrión en el útero de Mrs Whitehead, o a Magali Sevault en el de su hermana gemela Christine... y a tantas otras mujeres, los litigios judiciales en los que se vieron envueltas por la disputa de la pertenencia legal de un bebé que sufrió las consecuencias de una maternidad subrogada.

Olvidaron, quizás, que el útero no es simplemente un aparato aislado que «sirve» para desarrollar embriones, sino un auténtico hábitat, y además, el primero en el que todo ser humano pasa sus primeros meses de vida. Es un espacio privilegiado en el que se da un complejísimo, riquísimo y todavía misterioso entramado de relaciones físicas, hormonales, neurológicas y, por tratarse de seres humanos, también psicológicas.

Son múltiples e interesantes los estudios que demuestran esa íntima y misteriosa intercomunicación entre ambos seres. Desde los que constatan un cambio fisiológico, por ejemplo, el aumento de la frecuencia cardíaca del bebé en madres fumadoras, o la toxicodependencia en hijos de madres alcohólicas o drogadictas, hasta los que demuestran que también el deseo de fumar o de beber en la madre, produce taquicardias al bebé, como síntoma de ansiedad. En un sentido distinto, otros estudios evidencian cómo el impacto psicológico del fallecimiento del padre es más traumatizante para el bebé si el suceso ocurre en período de gestación que cuando sucede tras el nacimiento.

Una mujer que se presta a la subrogación, bien por amistad, bien por dinero, debería tener claro que no basta racionalizar el hecho y plantearlo «fríamente» como un negocio o como un favor, porque en estos casos la naturaleza entiende poco de razones, y mucho más de química y emociones, quizá subliminales, pero reales.

¿Y qué decir del bebé? Porque el problema se plantea a menudo como un conflicto de pertenencia entre dos mujeres. Y sin embargo, pocos se preguntan por el sentido de pertenencia del bebé. Pocos consideran que éste inicia su proceso natural de «maternización» con alguien que luego desaparecerá, y que continuará con otra persona hasta ese momento desconocida para él. ¿Qué consecuencias tendrá esto en el desarrollo de su identidad más primigenia, pero sin duda fundamental para funcionar sanamente como persona? Si todos sabemos, volviendo a la ecología, que es catastrófico ese transplante de hábitat en animales o plantas que son sacados de su medio, cómo no va a serlo para los seres humanos. Nadie lo sabe con certeza, y quizá nadie lo sabrá nunca, ni siquiera el propio interesado... quién sabe si vaya a quedar etiquetado, en algún gabinete psicoterapéutico, como un «vago trastorno de personalidad de etiología desconocida» o, «simplemente» (por decirlo de alguna manera) la persona camine por la vida acompañada de un confuso sentimiento de pertenencia compartida, que nunca supo explicar.

En consecuencia, sería muy conveniente pedir la colaboración de los ecologistas del medio ambiente, que tienen todo esto muy claro, para que incluyan en sus campañas de salvaguarda del hábitat de las especies, también la preservación del hábitat humano y evitar así esos «otros desastres» ecológicos.

Dra. Cecilia Castañera

Un concentrado sobre la autoridad

Si nos imaginamos construyendo una maqueta sobre la vida de nuestros hijos lo primero que tenemos que tener muy definido es el destino final al que los queremos hacer llegar. Ellos serán los carros que circulen con «libertad» por los diferentes caminos que deben estar a su vez debidamente marcados con señales de información, prevención o prohibición.

Esa señalización es básicamente el ejercicio de la autoridad. De no existir, generará una fuerte sensación de inseguridad y el porcentaje de riesgos para llegar al destino final será mayor.

Estudios recientes demuestran que niños exitosos, con autoestima y alto coeficiente emocional provienen en su mayoría de familias con una clara línea de autoridad que les ha permitido vivir en un clima de decisiones libres, responsables y con la suficiente información para acertar.

La autoridad es ...	*La autoridad no es ...*
– servicio. – la principal influencia externa de nuestros hijos. – prestigio ganado con coherencia de vida. – un ejercicio dinámico y gradual de dictadura a democracia (según la edad). – lo que intentamos hacer para lograr obediencia como una necesidad de convivencia. – indelegable. – es complementaria entre padre y madre con los modos propios de hombre y – en el fondo un ejercicio de fortaleza sobre todo para resistir. – la sonrisa como signo más firme de fortaleza.	– el derecho del más fuerte. – permisivismo. – cohersión. – anarquía. – un condicionamiento del amor por ej: ¡Si no obedeces no te quiero! – proporcional a los resultados. – delegable en el colegio, los abuelos o la empleada. – un fin sino un medio. – fabricable de un momento a otro, se gana con constancia. – gritos, amenazas, ni rudeza.

Algunos tips para no desprestigiarnos en el intento

– No des órdenes en forma de pregunta.
– No supliques obediencia.
– No etiquetes, ni grites, ni amenaces.
– Sin sermones: hay que ser claros, concisos y cambiar el tema.
– Dar una sola instrucción a la vez.
– Los castigos deben ser avisados, proporcionales, inmediatos y firmes por lo que es importante tener previamente diseñados posibles permisos y castigos para no actuar con impulsividad.
– Para los «time-out» funciona 1 minuto por edad.
– Las normas se fijan con anticipación, se conversan y hasta se negocian, pero una vez fijadas ¡se cumplen!
– Las órdenes nunca se negocian.
– Que el piso de la dedicación no te agobie ni vuelva gruñón porque si la sonrisa es la punta más alta de la fortaleza, la alegría y el optimismo son virtudes indispensables en padres exitosos.

Luisana Graterón de Bethencourt

Nuestros hijos

Seres únicos e irrepetibles salidos de las manos de Dios y que nos fueron dados, así como en préstamo, para que después de enseñarles con el ejemplo unas cuantas cosas, estas les sirvan para retornar a esas manos amorosas de las que vinieron.

Si les preguntamos a los padres ¿qué quieren para sus hijos?, todos responderían «lo mejor».

Algún papá espera que sea abogado, ingeniero o médico, y la mamá a lo mejor administrador, odontólogo o arquitecto.

Casi todos, poderle dar lo que yo no tuve o más de lo que tuve, incluyendo afecto y atención.

Si llegamos al fondo de la loable aspiración para el futuro del más preciado tesoro que poseemos, lo más importante que podemos desear se resume en una sola palabra FELICIDAD.

Los queremos felices aquí ahora, apelando a una visión trascendente del hombre, eternamente felices en el cielo.

La felicidad sin embargo es algo a lo que todo el mundo aspira y aún siendo una sola palabra es un compendio de cosas externas e internas muy difíciles de definir.

No está fuera, ni alrededor nuestro, ni en lo que poseemos. Está dentro de cada uno y produce una gran paz, un alegrarse con pocas y pequeñas cosas. Aprender a exigirse, a quererse en la justa medida sin que lesione a otros, a crecer como persona inteligente y libre mediante el estudio constante, a conocer y amar a Dios, a respetar la autoridad, normas de higiene, educación, cortesía y arreglo personal. Orden, lealtad, fortaleza, templanza, generosidad, afabilidad.

María Eugenia de Salgado

La humildad consiste en callar nuestras virtudes y permitirle a los demás descubrirlas.

Anónimo

Leer Entre Líneas invita a sus lectores a enviar sus comentarios por medio de su) *su*

Publicación mensual producida por **Luis Felipe Capriles, editor.**

Consejo Editorial: María Denisse Fanianos y Gabriel Gutiérrez

Imprime: Organización Gráficas Capriles, C.A.

Administración y distribución:

¿Sabes cuál es el valor de una Misa?

Un testimonio basado en un hecho de la vida real

Hace muchos años, en la ciudad de Luxemburgo, un capitán de la guardia forestal se entretenía en una animada conversación con un carnicero cuando una señora ya mayor entró a la carnicería. Ella le explicó al carnicero que necesitaba un pedazo de carne, pero que no tenía el dinero para pagarlo. Mientras tanto, el capitán encontró la conversación entre los dos muy entretenida: «un pedazo de carne, pero cuánto me va a pagar por eso?» preguntó el carnicero. La señora le respondió, «perdóneme, no tengo nada de dinero, pero iré a Misa por usted y rezaré por sus intenciones». El carnicero y el capitán eran buenos hombres pero indiferentes a la religión y se empezaron a burlar de la respuesta de la mujer,

«Está bien» dijo el carnicero, «entonces usted va a ir a Misa por mí, y cuando regrese le daré tanta carne como pese la Misa La mujer se fue a Misa y regresó. Cuando el carnicero la vio viniendo cogió un pedazo de papel y anotó la frase «ella fue a Misa por ti» y lo puso en uno de los platos de la balanza, y en el otro plato colocó un pequeño hueso. Nada sucedió e inmediatamente cambió el hueso por un pedazo de carne. El pedazo de papel pesó más.

Los dos hombres comenzaron a avergonzarse de lo sucedido, pero continuaron. Colocaron un gran pedazo de carne en uno de los platos de la balanza, pero el papel siguió pesando más.

Entrando en desesperación, el carnicero revisó la balanza, pero todo estaba en perfecto estado. «¿Qué es lo que quiere buena mujer, es necesario que le de una pierna entera de cerdo?», preguntó. Mientras hablaba, colocó una pierna entera de carne de cerdo en la balanza pero el papel seguía pesando más. Luego un pedazo más grande fue puesto en el plato, pero el papel siguió pesando más.

Fue tal la impresión que se llevó el carnicero que se convirtió en ese mismo instante y le prometió a la mujer que todos los días le daría carne sin costo alguno. El capitán dejó la carnicería completamente transformado y se convirtió en un fiel asistente a Misa todos los días. Dos de sus hijos se convertirían más tarde en sacerdotes, uno de ellos jesuita y el otro del Sagrado Corazón. El capitán los educó de acuerdo a su propia experiencia de fe. Luego advirtió a sus dos hijos que «deberán celebrar Misa todos los días correctamente y que nunca deberán dejar el sacrificio de la Misa por algo personal».

El Padre Stanislao, quien fue el que me contó todos los hechos, acabó diciéndome: «Yo soy el sacerdote del Sagrado Corazón, y el capitán era mi padre».